

Queridos lectores:

Durante los últimos años, he recibido miles de cartas que me pedían una reunión de los personajes carpatianos. Me resistí a la idea durante mucho tiempo, pues no estaba segura de cómo podía juntar tantos personajes fenomenales y llenos de vitalidad en un mismo libro. Parecía una tarea de enormes proporciones. Luego, una noche, me encontré sentada junto al fuego de la chimenea comentando con algunos amigos escritores el desastre que habíamos organizado en la cocina para preparar la cena aquella noche. Habíamos alquilado juntos una casa para trabajar y, por desgracia, algunos de nosotros éramos un poco negados para las tareas culinarias. (No menciono nombres aquí ni levanto la mano, pero algunos de los desbarajustes que se describen en este libro llegaron a suceder en realidad, aunque me entristezca reconocerlo.) Nos reímos tanto que nació la idea de una fiesta de Navidad donde los carpatianos cocinaran para sus amigos.

Lancé la idea a mi editora como un libro especial de regalo de Navidad a modo de agradecimiento a mis lectores. Estaba muy excitada con la idea de tener que escribir un libro divertido y alegre, y me entusiasmaba la idea de añadir los Postres Oscuros: muchísima gente maravillosa de todo el mundo envió recetas de rechupete. El concepto era totalmente diferente a cualquier cosa que se me hubiera ocurrido escribir antes, de modo que iba a ser muy entretenido. Y entonces me senté y empecé a escribir...

Primero de todo, no había reparado en que habría más de un héroe o heroína y que tendría que encontrar la transición de un capítulo a otro de manera que no resultara forzada. Y en segundo lugar, algo más importante todavía, nunca antes había escrito obras

divertidas y alegres. Mis personajes tienden a apropiarse de los libros y marcar el ritmo, y esta obra no era una excepción. Por mucho que lo intentara, la obra se volvía —sí, lo habéis adivinado— **oscura**.

En una ocasión llamé a mi editora para advertirle de que el libro había cobrado vida propia y que no iba a resultar ese libro desenfadado que habíamos planeado; yo ya lo había aceptado y estaba dando rienda suelta a los personajes. Los protagonistas tomaron el mando y *Reunión oscura* se convirtió en una parte enorme del rico tapiz que compone el mundo carpatiano. Me divertí mucho recuperando personajes y descubriendo cómo les iba juntos y cómo eran sus vidas en pareja, y también retratando la sociedad carpatiana en su conjunto.

El libro se transformó en algo inesperado, pero, si he de ser sincera, disfruté muchísimo escribiéndolo, y sin duda confío en que vosotros lo paséis igual de bien al leerlo. Cuando escribo, los personajes dictan la historia, totalmente, y en este caso algunos fueron de gran ayuda, mientras otros remoloneaban más de lo deseado. En conjunto, pienso que al final conseguimos acercarnos a viejos amigos para ver cómo les iba la vida en común. Me encontré sonriendo mucho mientras escribía y espero que tengáis la misma reacción al leer.

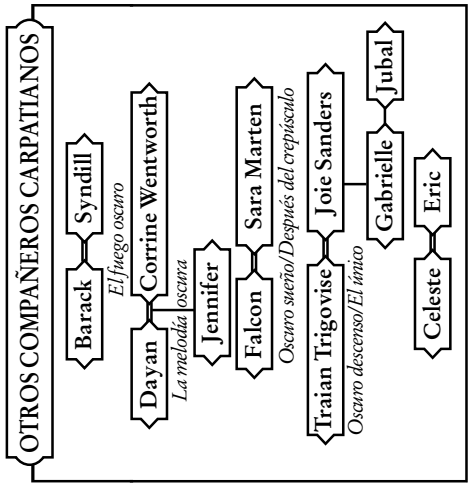
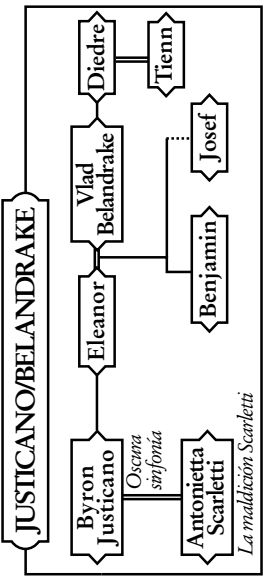
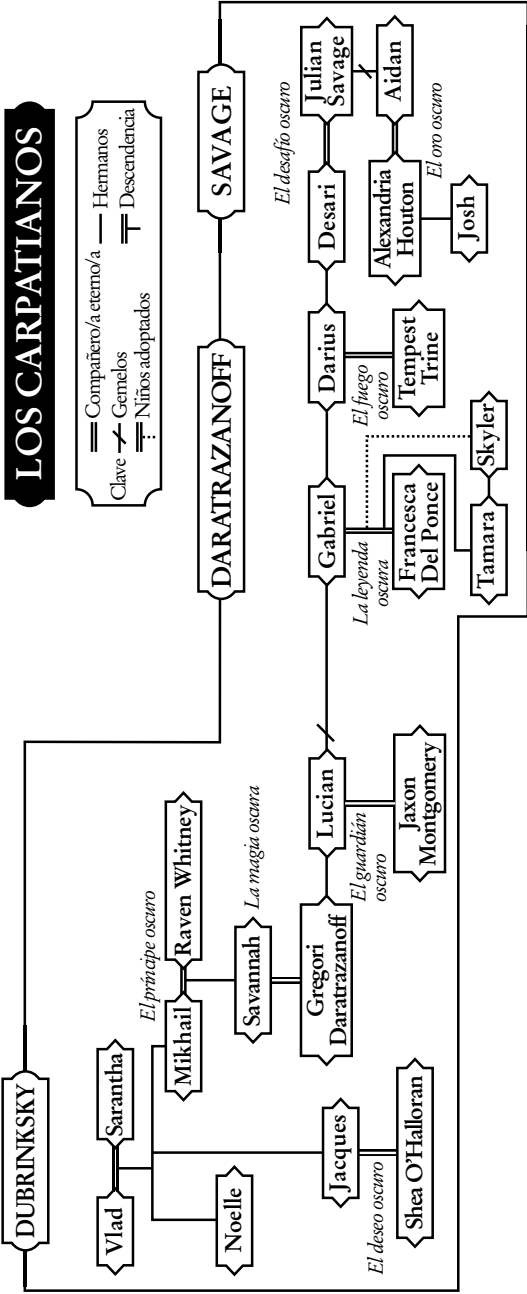
Saludos cordiales

Christine



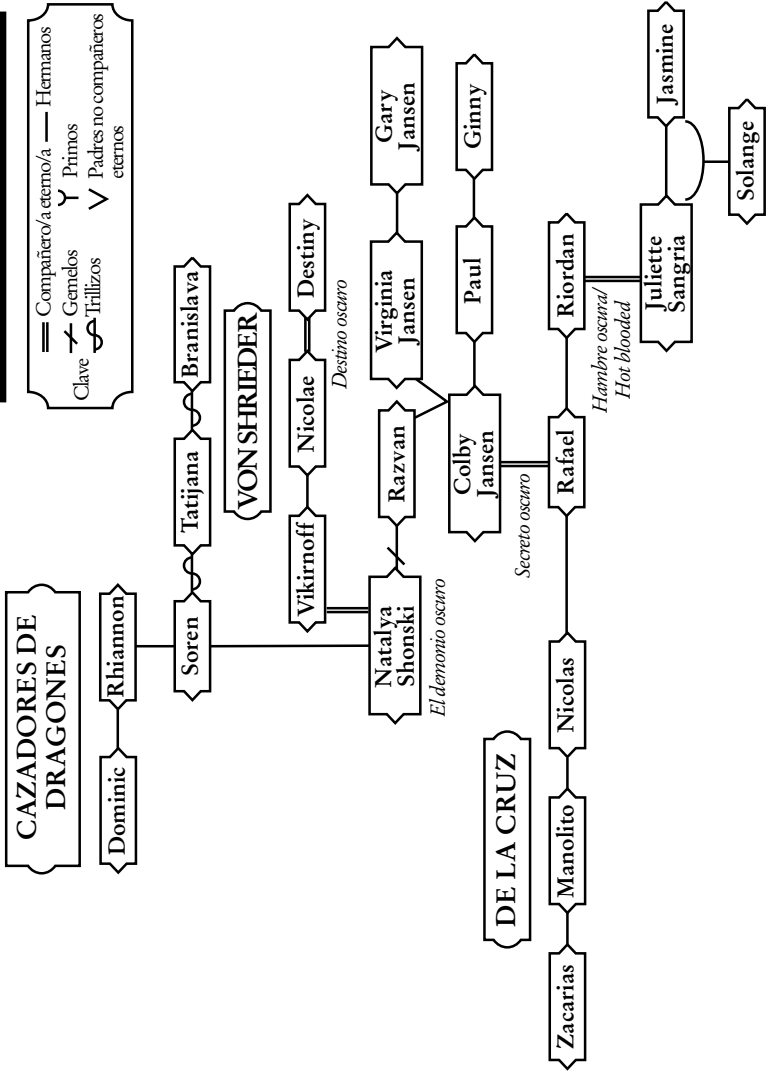
LOS CARPATIANOS

= Compañero/a eterno/a — Hermanos
 = Gemelos = Descendencia
 = Niños adoptados



LOS CARPATIANOS

= Compañero/a eterno/a — Hermanos
 Y Gemelos Y Primos
 Clave Trillizos V Padres no compañeros
 eternos



Capítulo 1

Las estrellas emitían destellos desde el cielo nocturno y la luna vertía su luz sobre los árboles situados más abajo, transformando las hojas en plata reluciente. Una hembra de búho que sobrevolaba la frondosa bóveda descendió para lanzarse a toda velocidad a través del laberinto de árboles. Volvió a encumbrarse poco después, justo a tiempo de evitar una gruesa rama. Un segundo búho la vigilaba, describiendo círculos sobre el bosque que rodeaba el claro en el que se hallaba la gran casa de piedra de dos pisos. La hembra se dejó caer en picado sobre el empinado techo, estirando las garras hacia la chimenea, y en el último segundo ascendió y emprendió una veloz huida del angustiado macho, aleteando ruidosamente mientras el viento encrespaba sus plumas iridescentes.

¡Raven! Advirtió con brusquedad Mihail Dubrinsky a su pareja eterna. Has apurado demasiado.

Ha sido una gozada.

Raven, vas a cansarte.

Se oyó un leve gruñido de advertencia en la voz de Mihail, como si un lobo acechara en el interior del cuerpo de búho.

A Raven se le escapó una risa que burbujeó suave y cálida en la mente de su compañero mientras se comunicaban telepáticamente.

Ya no soy una novata, Mihail, y después de todos estos años, creo

que me desenvuelvo bastante bien volando. Me encanta. Es mi actividad favorita. ¿Alguna vez vas a dejar de sobreprotegerme?

No creo que velar por la mujer de mi vida sea sobreprotección. Siempre te excedes cuando vuelas, arriesgas más de lo debido.

Aunque fuera cierto, Raven no iba a admitirlo. Una vez que se metía en el cuerpo de un ave, sentía ganas de permanecer así durante períodos prolongados.

Me siento tan libre.

Desde el momento de su conversión —de humana a carpatiana—, lo que más la había intrigado y regocijado, por encima de todas las cosas de su nueva vida, era la facultad de volar. Solía encumbrarse muy alto por encima de la tierra y contemplar kilómetros de hermosos bosques, lagos refrescantes y un derroche de flores silvestres. Cuando adoptaba forma de búho siempre se encontraba rodeada de belleza, y eso le permitía olvidar, al menos durante unos momentos, el asombro absoluto —y la responsabilidad— de ser la pareja eterna del príncipe del pueblo carpatiano.

Hubo un breve silencio.

Raven, ¿no sientes esa libertad cuando estás conmigo? Nunca te he enjaulado, aunque a veces creo que sería lo más prudente.

La hembra de búho regresó describiendo círculos hasta su posición justo bajo el ala derecha del macho.

Por supuesto que no, tonto. ¿A ti no te encanta volar? ¿El viento elevando tu cuerpo mientras el terreno inferior parece tan mágico?

Había ese susurro amoroso en la voz y en la mente de Raven. Mihail había acabado por depender de la constancia, de la absoluta perseverancia de ese amor.

Desde luego. Si alguna vez mi naturaleza te hace perder la esperanza, querría que me lo hicieras saber. Noto tu tristeza a veces, amor mío, la angustia en tu corazón.

No digas eso, Mihail. No es por ti. Ni por nosotros. Como cualquier mujer que ha encontrado a su verdadera pareja, quiero tener hijos. No puedo quejarme, tenemos a nuestra hija, Savannah, tan querida por ambos, que es mucho más de lo que cualquier otra mujer carpatiana ha recibido. Aunque no tengamos más hijos, me conside-

raré bastante afortunada de tener esta hija, así como de tener al único hombre que podría hacerme feliz. Tú y Savannah sois suficiente para mí.

Mihail deseó estar en casa para poder estrecharla en sus brazos y besarla como quería. Se moría de amor por ella, más de lo que deseaba admitir, y podía oír —y sentir— sus deseos de coger un bebé en su regazo. Era su mayor fracaso, no sólo por su deber con su pareja eterna, sino también por su deber con su pueblo. Después de cientos de años, todavía no era capaz de proteger a su gente de la mayor amenaza. No los vampiros ni los nigromantes, ni la sociedad moderna, ni siquiera la falta de emoción de los carpatianos varones después de doscientos años y el omnipresente lado oscuro que invadía sus almas: no era capaz de protegerles de lo que empezaba a creer que sería la extinción de su especie.

Mihail. Raven susurró su nombre en su mente, un sonido suave de amor y compasión absolutos. *Encontrarás la respuesta para tu gente. Es un gran logro haber juntado mentes tan privilegiadas en el empeño por solucionar este problema. Y tres bebés han sobrevivido en los últimos años. Nosotros aún conservamos a Savannah, Francesca y Gabriel tienen a Tamara, y ahora está la hija de Corinne y Dajan, Jennifer. Tres chicas, amor mío. Todavía hay esperanza.*

Mihail continuó en silencio, pero quería rugir a los cielos su desesperación. Tres niñas cuando tantos hombres de su especie habían perdido toda esperanza. Estos hombres, para sobrevivir, para mantener su honor, no tenían otra opción que encontrar a la única mujer capaz de completar su alma, de aportar luz a su oscuridad. Sin una mujer, estaban condenados a una existencia interminable y estéril.

Eso no es así, protestó Raven. *Muchos han encontrado a sus compañeras eternas entre mi gente.*

Unos pocos, Raven. ¿Por qué no puedo encontrar la respuesta pese a disponer de mentes tan privilegiadas trabajando en este problema? Necesitamos mujeres y niños o nuestra especie dejará de existir.

Después del intento de asesinato del que había sido víctima, Mihail temía por encima de las demás cosas que sus enemigos se perca-

taran de lo frágil que se había vuelto la raza carpatiana. Con tanta gente enfrentada a ellos, sólo hacía falta que alguien comprendiera dónde residía la verdadera vulnerabilidad de su raza: la ausencia de mujeres y niños. De momento habían dirigido todos los ataques contra los hombres, pero más tarde o más temprano sus enemigos caerían en la cuenta de que para acabar con la especie sólo tenían que matar a las mujeres y a los niños.

Sólo pensar en Raven, su amada compañera eterna, o en su queridísima hija, Savannah, convertidas en blanco de sus enemigos, era más de lo que podía soportar, pero inevitable. El enemigo había unido fuerzas con el nigromante y juntos habían encontrado la manera de ocultar su presencia, lo cual les hacía el doble de peligrosos. Los carpatianos ya no podían confiar en su capacidad de leer la mente y de percibir amenazas, debían permanecer más alertas que nunca. En aquel mismo instante, Mihail inspeccionaba con cautela el bosque inferior, incapaz de relajarse por completo.

Mihail. Has cerrado tu mente a la mía.

Se obligó a hacer regresar sus pensamientos a la conversación. Ya era bastante penoso no poder consolar a su pareja eterna por la pérdida de su bebé, sólo faltaba que perdiera el hilo en un tema tan importante.

Sólo has vivido con nosotros cincuenta años y ya has padecido la pérdida de un hijo. ¿Puedes imaginar la terrible pena tras cien años... doscientos? Nuestras mujeres sufren las graves consecuencias de padecer estas pérdidas.

Shea cree que ella y Gary están a punto de encontrar la respuesta. Gabrielle también les está ayudando ahora, le recordó Raven. Gary era humano y Gabrielle lo había sido. Hacía poco, para salvar la vida, Gabrielle había experimentado la conversión, pero incluso antes de eso había trabajado incansablemente ayudando a Shea a descubrir el motivo de que las mujeres carpatianas sufrieran tantos abortos. Con toda la formación que Shea recibió como doctora humana y sus dotes naturales como sanadora carpatiana, es un recurso asombroso para nuestra gente. Ha trabajado con Gabrielle, Gary y, por supuesto, con Gregori para encontrar la respuesta al problema de nuestras mujeres,

a la dificultad de tener embarazos venturosos. Los pocos niños nacidos rara vez sobrevivían el primer año. Raven estaba agradecida de haber tenido un aborto y haberse ahorrado la terrible pena de dar a luz, sostener en brazos a su hijo durante un año y luego perderlo. *Shea ha descubierto muchas cosas por ahora, y desentrañará el misterio.*

Mihail creía que Shea podría realizar aquel milagro, ya había demostrado su tenacidad y valor al salvar al hermano del príncipe, Jacques, de caer en la locura. Pero por otro lado, temía que las respuestas llegaran demasiado tarde para su gente. Sus enemigos unían fuerzas, estrechaban el cerco y lanzaban frecuentes ataques. Y peor que todo eso, era probable que su más antiguo y cruel enemigo siguiera con vida: Xavier, el poderoso y oscuro mago, y su nieto, Razvan, estaban poniendo sus conocimientos ancestrales al servicio de los no muertos.

Raven se apartó de él para volar con su habitual despreocupación, demasiado cerca de la bóveda de árboles. A Mihail casi se le detuvo el corazón, y precisó de una tremenda disciplina para no ordenarle regresar a su lado, donde estaría a salvo. No podía recluirla, como tampoco podían los otros carpatianos recluir a sus compañeras eternas, pero la necesidad y el deseo estaba ahí, atizándole como una tentación cruel.

Mihail cobró velocidad y alcanzó a la mujer que completaba su alma, inspeccionando con su aguda vista el terreno que se extendía por debajo mientras volaban juntos. Percibió la felicidad que ella irradiaba y aquello le ayudó a aliviar el peso en su corazón.

Ya sabes, amor mío, le llamó Raven burlona, que tienes que hacer de Santa Claus para todos los niños en la fiesta de Navidad.

Mihail perdió la imagen —la del búho— en su mente por primera vez en cientos de años. Su cuerpo cayó en picado diez metros, dándose casi contra la copa de un árbol antes de recuperarse del susto. Se estremeció incluso dentro del cuerpo de búho.

Ya puedes sacarte esa idea de la cabeza.

Raven descendió hacia su hogar describiendo una espiral, volando con su grácil cuerpo, y aterrizó sobre sus dos pies en el sendero

que llevaba al porche mientras mutaba y adoptaba su forma natural. Mihail hizo lo mismo, cambiando de forma mientras aterrizaba directamente delante de ella para detener su escapada. Las líneas y planos de su rostro se endurecieron adoptando una fiera mirada que pretendía intimidar.

Esta conversación no ha concluido.

Mihail no pudo reprimir la reacción de horror que recorría todo su cuerpo.

—Hay cosas que no pueden pedirse nunca a un hombre.

Raven entornó los ojos.

—Los niños estarán esperando que San Nick haga aparición. Es nuestra primera gran fiesta de Navidad, la primera de verdad, y las mujeres han accedido a cocinar, de modo que los hombres tienen que colaborar de alguna manera. Tienes que hacerlo, Mihail.

—Creo que no —contestó. Su expresión podía amilanar a los más peligrosos vampiros o cazadores de vampiros, pero desde luego no parecía tener el efecto deseado sobre su compañera.

Raven se limitó a enfurruñarse. Soltó un suspiro exasperado.

—No seas crío. Los hombres humanos lo hacen continuamente y no les asusta en absoluto.

—No estoy asustado.

Raven alzó una ceja, con aquel gesto que siempre intrigaba a Mihail, pero esta vez parecía sospechosamente a punto de reírse de él.

—Oh, sí, lo estás. Pareces aterrorizado... y te has puesto pálido.

—Estoy pálido porque he consumido demasiada energía volando sin antes tomar alimento alguno. Soy el príncipe del pueblo carpatiano, no Santa Claus.

—Eso no es ninguna excusa. Como líder de nuestro pueblo, es tu deber hacer el papel de St. Nick. Es la tradición.

—No es la tradición carpatiana. No es un papel muy respetable, Raven. —Mihail se echó el pelo negro hacia atrás y se lo sujetó en la nuca con una delgada cinta de cuero. Sus ojos negros centelleaban al mirarla, en otro intento de intimidarla para que se sometiera.

Ella estalló en carcajadas, sin la menor compasión y desde luego sin el menor temor.

—Mala suerte, chico importante. Es tu trabajo. Sea o no la tradición carpatiana, me prometiste que celebraríamos una gran fiesta de Navidad para todo el mundo. Nuestra gente ha venido desde Estados Unidos, Sudamérica y varios países más para participar en esta reunión. No podemos defraudarles.

—Nadie se sentirá defraudado si no hago esa ridiculez.

La risa de Raven se volvió más profunda, hasta convertirse en un sonido rico y sugerente que jugueteó por la columna de su compañero, provocándole un vuelco curioso en el estómago. Sólo Raven conseguía eso. Sólo Raven conseguía que estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa en la tierra con tal de complacerla.

—Confía en mí, Mihail, toda la raza carpatiana se sentirá defraudada si no te ve haciendo el papel de Santa Claus. —Le acarició el rostro con la punta de los dedos—. Una bonita barba blanca. —Descendió la mano hasta su pecho y luego sobre su duro y plano estómago—. Una bonita barriga redonda...

—No tiene la menor gracia. —Pero sí la tenía, y estaba poniendo todo de su parte para no sonreír.

—Me prometiste que harías todo lo posible para que nuestra primera reunión de Navidad fuera un éxito.

—No pensaba con claridad en ese momento, me estabas distra-
yendo —refunfuñó.

—¿Ah sí? —preguntó Raven, pestañeando con aire inocente—. No me acuerdo.

Mihail la rodeó con los brazos y la atrajo hacia su cuerpo. Mordisqueó su cuello y saboreó su pulso, notando la excitación como respuesta, consciente de que siempre sería así entre ellos. *Raven*. Pensaba que no podía amarla más, aun así cada día la emoción se hacía más fuerte, se sentía a punto de reventar. A veces, cuando ella no miraba, notaba las lágrimas de sangre roja que inundaban sus ojos. Quién iba a creer que el poderoso príncipe del pueblo carpatiano pudiera estar tan enamorado de una mujer.

Él había nacido con las palabras del ritual vinculante grabadas en su cerebro igual que cualquier otro varón de su especie. Le había impactado descubrir no sólo que una mujer humana pudiera conver-

tirse en su pareja eterna, sino que pudiera convertirse en miembro de su especie. Más que el total asombro que provocaba todo eso, le admiraba el amor abrumador y el deseo que sentía por ella, que cobraba fuerza a cada momento que permanecían juntos. Mirarla podía dejarle sin aliento.

—Hueles siempre tan bien.

Raven alargó el brazo para rodearle el cuello y atraer su cabeza un poco más para poder besarle. En el momento en que Mihail tocó sus labios con la boca, el fuego explotó en las entrañas del carpatiano y se propagó imparable, precipitándose por su sistema hasta que su sangre se espesó y el pulso golpeó con fuerza. Apretó un poco más su cuerpo para que ella pudiera sentir la evidencia de su deseo.

Su compañera se rió con suavidad.

—Siempre haces que me olvide de lo que estoy haciendo; se supone que estoy cocinando un pavo. Hace muchísimo que no preparo pavo y tengo que asegurarme de que no cometo errores. Hemos invitado a los Ostojic y a todos los huéspedes del hostel, aunque nosotros no podamos comerlo, necesitamos comida humana para ellos y, ya que todo esto ha sido idea mía, no podía delegar el plato más importante del menú de nuestro banquete.

—Sí podías. —La voz de Mihail se volvió de repente maliciosa.

Raven se giró del todo para estudiar la expresión demasiado inocente de su pareja de vida.

—¿Qué estás tramando, Mijail?

—Estoy delegando la obligación de ser el viejo y jovial San Nick.

Raven se puso en jarras e inclinó la cabeza con los ojos entrecerrados.

—Estás tramando algo muy, muy malo. Puedo percibir tu risa. ¿Qué es eso tan divertido?

—Se me acaba de ocurrir que tengo un yerno.

Una sonrisa de respuesta llenó poco a poco el rostro de Raven pese al jadeo escandalizado que soltó mientras se llevaba una mano a la garganta.

—No serás capaz. Gregori no. Asustaría a todos los niños. No podría aparentar jovialidad aunque lo intentara.

—Le permitimos que se quedara con nuestra hija —dijo Mihail—. Creo que, como suegro suyo, no va a resultarle tan fácil decirme que no.

—Y luego dices que tengo un sentido del humor perverso —le acusó Raven.

—¿De dónde crees que lo he sacado? —Mihail le acarició el cuello con la nariz, con su voz convertida en un susurro ronco.

El conocido hormigueo de excitación se propagó por la columna de Raven. A ella le encantaba que Mihail consiguiera que cada contacto resultara tan íntimo.

—Gregori jamás lo hará, ni en un millón de años. Y tú no vas a librarte de tu obligación, pero me encantará ver su cara cuando se lo preguntes.

—No tengo intención de preguntárselo —dijo Mihail enderezando su alto cuerpo—. Soy el príncipe, además de su suegro, y él está a mis órdenes, además de ser mi yerno. Es su deber hacer estas cosas.

—No puedes ordenarle que haga de Santa Claus. —Raven intentaba con desesperación contener la risa. Gregori era uno de los hombres más temibles que había conocido. Sólo la idea de considerarle para el papel de Santa Claus le resultaba hilarante y ridícula al mismo tiempo.

—Creo que sí puedo, Raven —dijo Mihail con solemnidad—. Tú me lo has ordenado a mí, ¡y soy el príncipe!

Raven profirió un sonido burlón.

—Supongo que preferirías que te lo hubiera suplicado de rodillas.

Mihail le cogió el rostro entre las manos y se inclinó para tomar posesión de su boca. Le encantaba su boca —su sabor— y su respuesta instantánea.

Podría besarte toda la eternidad.

No esperaba menos, ya que me arrastraste a tu mundo a patadas y a gritos. Raven cerró los ojos y se entregó a la magia absoluta de su beso. Le rodeó el cuello con brazos posesivos y se pegó a él, deseosa

de sentir la marca de su cuerpo tan real y vivo contra el suyo. Habían intentado asesinarle demasiadas veces, hacía bien poco que habían perdido uno de sus hogares en una feroz batalla librada contra la fuerzas combinadas de Razvan, un mago, y los vampiros. Era inaudito que los vampiros aunaran fuerzas, y qué decir de que se juntaran con otras especies.

Le asustaba pensar que existía una conspiración para asesinar a Mihail. El terror a perderle era en parte la razón de que ella misma sugiriera una gran celebración por Navidad. Aunque no era una festividad que los carpatianos celebraran normalmente, muchas de las compañeras eternas que antes habían sido humanas, incluida ella misma, echaban de menos las fiestas navideñas. También necesitaba algo con que distraer su mente de los temores crecientes por la seguridad del príncipe.

Mihail levantó la cabeza pero sin soltar la barbilla de su compañera.

—No tienes por qué preocuparte por mi seguridad, querida mía.

La sonrisa se borró del rostro de Raven, que dio un paso para apartarse.

—Tengo muchos motivos. —Dirigió una mirada al bosque con un nudo en la garganta—. Alguien viene.

—Una joven, Raven, nadie a quien temer. —Mihail se llevó a la boca la palma de su mano para darle un beso en el centro—. Nunca te había visto tan nerviosa.

—Intento aceptar las cosas que no se pueden cambiar, Mihail, pero con el paso de los años, cada vez corres más peligros. Intento seguir con una vida lo más normal posible, pero no puedo, como en este momento, en que es fundamental protegerte y superar mi aversión a dormir en la tierra. Mi terror a ser enterrada viva nos vuelve aún más vulnerables. —Bajó la cabeza avergonzada, evitando sus ojos.

Raven. Amor mío. Mihail volvió a inclinar la cabeza para acercarse a ella y rozó sus labios con una ternura que provocó las lágrimas de ella.

—Te hice una promesa y quiero mantenerla. Nunca tendrás que dormir bajo tierra. La tierra de nuestra alcoba ya nos rejuvenece, y no tienes por qué creer que pones mi vida en peligro, de ningún modo. Tú eres mi vida. No puedo permitir que corras peligro alguno. Si pensara que dormir en nuestra cámara fuera peligroso, encontraría otra manera.

Raven estudió sus ojos al mismo tiempo que recorría con su mente la de Mihail, en busca de la verdad. Sabía que él creaba poderosas protecciones para su defensa, pero ella seguía temiendo la idea de que su fuerte fobia a meterse bajo tierra les pusiera a ambos en peligro.

Se separaron al oír el murmullo de hojas en el sendero que llevaba a la casa; Mihail desplazó ligeramente su cuerpo más alto para interponerlo entre el bosque y su pareja. Una joven surgió detrás de varias plantas frondosas, con aspecto asustado pero decidido. De estatura media, llevaba alborotado el pelo, oscuro con brillos rojos. Su piel era la de una chica joven y sus ojos los de alguien mucho mayor.

Skyler. Mihail dijo a Raven. Gabriel y Francesca la adoptaron. Tanto Gabriel como Francesca le han dado su sangre. Todavía es humana, aun así tiene una línea de sangre poderosa. Como vidente, posee una gran fuerza.

Raven sonrió a la adolescente.

Le preocupa que los hombres carpatianos quieran reclamarla como pareja ahora que ha cumplido dieciséis años. Es demasiado joven para tener que preocuparse por esas cosas.

—Tú debes de ser Skyler. Qué detalle que vengas a visitarnos. Tal vez te apetezca entrar y charlar un rato conmigo mientras continúo ocupándome del pavo.

—No veo a Gabriel contigo —dijo Mihail de forma intencionada. Esta jovencita representaba una esperanza para su raza, pero ahí estaba, andando sola por el bosque sin escolta.

¡Mihail! No la asustes.

Hay lobos en este bosque, así como enemigos en potencia.

Skyler se paró en seco, desplazando la mirada a Mihail. Por un

momento, sus ojos oscuros se enfrentaron desafiantes a los ojos negros del príncipe.

—Gabriel confía en que yo sola pueda recorrer el trayecto hasta vuestra casa. Ya no soy una niña.

—Eso lo puedo ver. Soy Mihail y ésta es mi pareja eterna, Raven. Gabriel y Francesca hablan tan a menudo de ti que tengo la impresión de que ya te conozco. Perdóname por mostrar preocupación por una jovencita que considero de mi familia.

Una breve sonrisa revoloteó en la boca de Skyler.

—Tengo que comunicarle algo, señor Dubrinsky. Aunque debería sentirme despreciable al decirlo, no es así. Estoy aquí porque quiero que quede totalmente claro que no soy la compañera eterna de nadie.

Una sombra se cruzó ante la luna, emborronando por un momento la luz que vertía sobre el bosque. Los murciélagos empezaron a dar vueltas y descender en una danza loca y frenética en el cielo nocturno.

Mihail permaneció quieto, recorriendo el bosque envolvente con sus sentidos prodigiosos. Con un gesto imperioso, indicó la puerta que Raven sostenía abierta. Los dos siguieron a Skyler al interior de la casa.

—¿Estás segura de eso? —le preguntó.

El aroma a pavo llenaba la casa, y Mihail disimuló la repugnancia natural que le provocaba el olor a carne cocinándose. En cambio, los olores del pasado a menudo reconfortaban a Raven. Y aunque ella no era consciente de eso, Mihail percibía su felicidad, como si el pavo en el horno hubiera sido una parte importante de su vida, un recuerdo bueno de la infancia, por lo tanto tuvo cuidado de no estropeárselo. Raven le dedicó una pequeña sonrisa, como si pudiera leer sus pensamientos pese al fino escudo levantado por él. Tendría que vigilar eso: las habilidades y poderes de Raven crecían a diario.

Skyler observó los techos con vigas y el espacio abierto antes de centrar su mirada en las tres enormes vidrieras. Su rostro se iluminó mientras andaba hacia ellas.

—Esto es obra de Francesca. ¿No es asombrosa? Yo la ayudé

cuando trabajaba en esta vidriera. —Inclinó la cabeza para estudiar los vibrantes colores—. Todavía no he aprendido a instalar protecciones en el vidrio. Sé hacerlo en labores acolchadas, pero el vidrio es mucho más complicado. —Lanzó una rápida mirada a Raven—. ¿Alguna vez te colocas aquí bajo el sol al anochecer y sientes cómo te reconforta? —Skyler se desplazó un paso hacia la izquierda—. Justo aquí. Si te sitúas justo en este punto cuando llegan los últimos rayos de luz, lo notarás. Esto lo hice yo.

—Es una obra de arte —comentó Raven—. Si pudiera, tendría obras de Francesca en cada ventana. No tenía ni idea de que estuvieras ayudándola.

—Tengo cierto talento para esto, ni de lejos tan potente como el suyo, pero me está ayudando a desarrollarlo. Espero que algún día colaboremos juntas. —Su sonrisa se esfumó, y sólo quedaron sus ojos desconsolados. Estiró el brazo para apartarse unos mechones de cabello oscuro del rostro y una pequeña cicatriz en forma de media luna quedó expuesta en su sien, atrayendo con aquel gesto la atención también hacia las cicatrices blancas en sus manos y antebrazos. Skyler pareció tomar conciencia de su gesto nervioso y se cruzó de brazos, elevando ligeramente la barbilla al mismo tiempo—. He oído rumores de la fiesta que se avecina, donde los hombres se reunirán para ver si pueden ser compatibles con alguna de las mujeres...

—No tenemos mujeres —indicó Mihail—. No hay fiestas, y nada de eso sucederá ya que no tenemos mujeres...

La boca de Skyler formó una línea obstinada mientras los seguía a ambos hasta la cocina.

—Gabriel y Francesca me tratan como si fuera de la familia.

Mihail hizo un gesto de asentimiento.

—Te quieren como si fueras su hija. —El príncipe inspiró profundamente y absorbió el aroma de la chica hasta sus pulmones—. Llevas su sangre gracias al amor, la sangre y cualquier otra cosa. Eres su hija.

—Me han ofrecido convertirme cuando cumpla veintiún años y lo estoy considerando, pero quiero garantías de que no vas a obligarme a quedarme con un hombre... con ningún hombre.

—Nadie va a obligarte a hacer nada —dijo Raven—. Gabriel es un hombre poderoso, ¿no crees que te protegerá?

—Estoy segurísima de que me protegerá. No quiero ni que Gabriel ni Francesca tengan que protegerme. Si me someto a la conversión, no quiero que alguien intente reclamarme como pareja.

—¿No eres consciente de la difícil situación de nuestro pueblo? ¿Las dificultades de nuestros hombres? —quiso saber Mihail.

Raven le colocó una mano en el brazo para refrenarle.

—Toma asiento, Skyler. ¿Te apetece algo de comer o de beber? Tenemos zumo en la nevera.

Sin romper el contacto visual con Mihail, la adolescente se hundió en su asiento con un asentimiento casi regio.

—Sí, gracias, un zumo estaría bien.

Es genial, ¿verdad que sí, Mihail? Está aterrada, pero decidida a hacerse oír. Había admiración... y una advertencia en el suave mensaje a su compañero. Raven sirvió una copa de zumo de naranja y la dejó ante Skyler.

Mihail alzó la cabeza de súbito y se fue hasta la ventana, desde donde inspeccionó la oscuridad con mirada inquieta. Advirtió la presencia de lobos y búhos en busca de presas, pero nada de eso provocaba el tirón de malestar que sentía en sus entrañas. Bajó la vista a la desafiante adolescente y sondeó con delicadeza su mente... y sus recuerdos. Encontró los escudos que habían instalado Francesca y Gabriel para ayudar a distanciar a la muchacha de la brutalidad de su vida antes de acogerla bajo su tutela, pero pese a la presencia de esa protección, los recuerdos de crueldad y violencia intencionada contra Skyler le enfermaron.

Mihail lanzó una breve mirada a Raven y vio las lágrimas que le saltaban a los ojos mientras compartía el pasado de Skyler —mientras sentía su dolor y desesperación—, la absoluta desesperanza de una niña incapaz de escapar de un mundo de adultos depravados. Raven se apresuró a acercarse al horno para inspeccionar el pavo.

—Huele bien —comentó Skyler.

—He usado un relleno de arroz salvaje —dijo Raven—. Lo recuerdo de mi infancia. Me ha costado dar con la receta, pero tiene

que estar bueno, aunque hace muchísimo que no cocino nada de nada.

—Francesca me deja cocinar siempre que quiero. Confía en mí a la hora de tomar mis propias decisiones. —Skyler dirigió una mirada a Mihail.

—¿Eres consciente de lo que le sucede al hombre carpatiano que no encuentra una compañera en la vida? —le preguntó Mihail con voz persuasiva.

Skyler asintió.

—Gabriel y Francesca me lo han explicado. Primero pierde los colores y las emociones. A lo largo de cientos de años, su honor puede debilitarse, y entonces se vuelve peligroso, especialmente los cazadores, cualquiera que arrebatase la vida a otro. Y al final puede volverse vampiro, la criatura más maligna existente.

—¿Y dejarías que tu pareja eterna sufriera ese destino? ¿Serías tan cruel e inhumana? ¿Debería sufrir más aún de lo que ya ha sufrido, y todo porque tu has sufrido?

—¡Mihail! —Raven se giró en redondo, con indignación en el rostro. *Es una niña. ¿Cómo has podido? Entregar a nuestra hija a Gregori cuando apenas era una jovencuela sin experiencia ya fue bastante malo, pero esta niña ha sufrido. Y no podemos saber si es o no la pareja eterna de uno de nuestros hombres.*

Tiene mucha más experiencia de la que corresponde a sus años humanos, Raven. Deja que conteste.

Skyler dejó el vaso con cuidado sobre la mesa y se levantó. Luego se cruzó de brazos plantando cara a Mihail.

—No, por supuesto que no. No quiero que nadie sufra, pero por lo visto no consigo superar algunas cosas de mi pasado. —Se sujetó las manos temblorosas delante de ella—. No me siento cómoda en presencia de hombres, no soy capaz de ser la pareja de nadie y no quiero que me fuercen a una posición que no me dé opción, que no me permita opinar sobre mi vida. No he llegado a esta conclusión a la ligera. Quiero a Gabriel y desde luego no me gustaría pensar en él muerto o sufriendo o convertido en vampiro, pero sé que no puedo volverme a sentir impotente. Los hombres carpatianos son demasia-

do dominantes, y me encontraría de regreso en el lugar oscuro donde Francesca me encontró.

Mihail frunció el ceño.

—¿Crees que nuestras mujeres carecen de poder? ¿Es así como ves a Francesca?

Skyler negó con la cabeza.

—Francesca recibe amor y lo devuelve. Puede hacer algo que yo no puedo, de lo que nunca seré capaz. Gabriel me prometió, igual que Lucian, que nunca permitirían que otra persona me obligara a cumplir sus deseos, pero sé que un carpatiano está dotado de la capacidad de unir a él a una carpatiana. Quiero ser la hija de Gabriel y Francesca en todos los aspectos, pero no quiero ser sometida a las leyes de vuestro mundo.

No sabe que su pareja podría unirle a él también en su actual estado humano. Mihail buscó la mente de Raven; de pronto no supo qué hacer o decir a esta niña-mujer. *¿Por qué Francesca y Gabriel e incluso Lucian le ocultan información?*

—Skyler —dijo el príncipe en voz alta—. Un carpatiano debe poner a su pareja eterna por encima de todas las cosas. Se ocupará de tus necesidades, tendrá paciencia contigo. Eres aún joven, no tienes idea de qué vas a sentir de aquí a pocos años.

—Sí lo sé.

—¿Y condenarías a muerte a un carpatiano, que ha entregado muchas vidas en servicio a su pueblo? O aún peor, ¿le condenarías, por miedo, a convertirse en un no muerto?

—Sus decisiones no tienen nada que ver conmigo.

—¿Y qué pasa con la raza carpatiana? Nuestra especie casi se ha extinguido, no podemos continuar existiendo sin mujeres y niños. Una mujer cambia las cosas, una mujer puede salvar a un hombre y dar a luz a un bebé.

—Veo a Francesca luchando a veces para ser consecuente consigo misma, y ella es una mujer fuerte. Gabriel es muy protector y no le gusta que vaya a ningún lado sin él.

Mihail puso de golpe una barrera en su mente para impedir que Raven se la leyera. A Gabriel tenía que preocuparle que sus enemi-

gos atacaran a sus mujeres, no obstante había permitido que Skyler entrara en el bosque. ¿O no?

—¿Has mencionado a Gabriel que venías a vernos?

Skyler raspó con su bota de montaña el suelo de la cocina.

—Igual se me ha olvidado. Estaba ocupado ayudando a Francesca a hornear pan de jengibre para las figuras que estamos haciendo para los niños.

Raven rociaba el pavo con su jugo, dando vueltas en silencio a los temores que manifestaba Skyler.

—¿Contra qué lucha Francesca, Skyler? —le preguntó.

La muchacha se encogió de hombros.

—¿Tú contra qué luchas?

Mihail se quedó ligeramente conmocionado al oír la respuesta de la adolescente humana. Sonaba mucho más madura de lo que le correspondía por edad, y eso era en sí un peligro que no había considerado. Si Gabriel y Francesca hubieran pensado en los riesgos potenciales de traer a Skyler a su tierra antes de viajar, habrían mencionado a Mihail la madurez de su hija. Sólo tenía dieciséis años, prácticamente una niña según sus pautas, no obstante sus experiencias la habían hecho madurar mucho más allá de su edad física. Parecía una adulta y hablaba como tal. ¿Desataría con su voz las terribles necesidades de los hombres carpatianos? Si así fuera, y si devolviera el color y la emoción a su pareja de vida antes de poder satisfacerle, eso resultaría tan peligroso para el carpatiano —el hecho de que no estuviera preparada para estar con él— como no haberla encontrado jamás. A menudo, ser la pareja de alguien —un estado y necesidad sexual intensísimos— se anteponía al amor o incluso al cariño.

Raven tocó la mano de Mihail, un gesto sencillo que era suficiente para alegrarle el ánimo, luego sonrió a la adolescente:

—Yo lucho contra la terrible carga de tantas vidas que dependen de mi pareja eterna, y contra el conocimiento de que tantos quieren asesinarlo. Y lucho contra mi propia ineptitud. Todavía hay aspectos de la vida carpatiana que no consigo aceptar, algo que podría suponer un peligro añadido para mi compañero. —Sonrió a Mihail. El amor absoluto que relució en sus ojos le provocó un nudo en la gar-

ganta al príncipe—. Nunca, ni una sola vez, en ningún momento, he lamentado ser la pareja eterna de este hombre. Pienso que desestimas tus propias capacidades, Skyler. Eres una joven muy valerosa, demasiado joven todavía para considerar aceptar a un carpatiano, pero al final alcanzarás todo tu poder y potencial. La mayoría de hombres no tienen ni idea de dónde se meten. —Guiñó un ojo a la chica—. Se necesita tiempo para desarrollar habilidades y poderes, y la mayoría de nosotras éramos demasiado jóvenes, pero aprendimos con rapidez a utilizar el vínculo mental.

Skyler asintió.

—Gabriel y Francesca me enseñan a compartir información telepáticamente, y he descubierto que es mucho más detallada que una conversación. Entiendo por qué has aprendido tanto y tan deprisa.

—¿Cómo le va a la pequeña Tamara? —Había una leve vacilación en la voz de Raven, y no se atrevió a mirar a Mihail. Por supuesto que él iba a darse cuenta, siempre se daba cuenta.

Mihail encontró su mirada alerta —con agudeza— y recorrió con ojos sabedores su cuerpo. Raven no le había dicho que podía quedarse embarazada, que era el momento óptimo y que si dejaba pasar esta ocasión, transcurrirían años hasta que volviera a suceder. Ella apartó la mirada, avergonzada de sentirse asustada, del dolor y pena que acompañaba asumir tal riesgo.

—Y a veces, Skyler, lucho contra mi propia debilidad y mis propios miedos, pero nunca, nunca, me opongo a ser la pareja eterna de Mihail.

Skyler, con obvia empatía, se acercó a Raven, como si con su proximidad pudiera reducir la tristeza:

—Supongo que nos pasa a todos, ¿verdad que sí? —Miró a Mihail en busca de confirmación.

Mihail tocó el pelo de Raven con dedos delicados.

Raven, amor mío. Su voz sonaba infinitamente tierna en la mente de su pareja. Todo carpatiano sabe cuándo puede concebir su compañera. Eres todo lo que he querido en mi vida. Cuando estés lista —sólo cuando lo estés— lo intentaremos otra vez.

Sonrió a Skyler, aunque seguía acariciando con la mirada a su pareja.

—Eres una jovencita muy lista.

Unas nubes oscuras se cruzaron ante la luna, oscureciendo los cielos de forma momentánea y proyectando unas sombras macabras por el interior de la cocina. La silueta de un gran lobo pasó por delante de la ventana, como si la gran criatura se hubiera colado en la terraza que rodeaba la casa y caminara justo ahí afuera. De manera instintiva, Mihail, Raven y Skyler se volvieron hacia la segunda ventana situada encima del fregadero. Skyler soltó un grito contenido al ver una gran cabeza de pelaje negro y relucientes ojos rojos observándoles a través del cristal.

—Quedaos aquí dentro —ordenó Mihail mientras su cuerpo resplandecía hasta volverse transparente. Luego, tras disolverse y adoptar forma de vapor, fluyó por la cocina para deslizarse bajo la puerta y salir a la noche.

El lobo desapareció de súbito dejando a las dos mujeres mirando la oscuridad.

—Quiza fueran Gabriel o Lucian, para comprobar cómo estoy —aventuró Skyler—. A menudo suelen adoptar la forma de lobo.

Raven negó con la cabeza.

—Habrían entrado en la casa y hablado con Mihail, y te habrían hecho saber que estaban preocupados.

Skyler apoyó una mano consoladora en el brazo de Raven, algo difícil de hacer para alguien a quien le disgustaba tocar o que la tocaran.

—Hay una docena de carpatianos a distancia suficiente como para oírnos. Si el príncipe necesita ayuda, sólo tiene que llamar.

Raven le sonrió y se llevó una mano a la garganta.

—Por supuesto que sí. Sea lo que sea lo que ha aparecido ahí fuera, no creo que sea una amenaza. —En forma de animal, resultaba bastante fácil ocultar las intenciones, tanto para un diestro carpatiano como para un vampiro, pero Raven no iba a dejar que Skyler se enterara de eso—. Mihail nos avisará si algo va mal. Entretanto, tenemos este pavo en el horno. ¿Has cocinado antes alguna vez? Hace

tanto tiempo que no lo hago que me iría bien que alguien me echara una mano.

Skyler se rió.

—Tenemos nuestra ama de llaves; ella se encarga de cocinar y sólo me deja entrar de vez en cuando en la cocina, pero en realidad no le gusta cruzarse con nadie por allí. Finge que no le importa, pero sé que no lo aguanta.

—Por supuesto que tú sabes lo que dices. Eres empática, puedes percibir lo que ella siente. Eso te resultará incómodo a veces.

Skyler se encogió de hombros.

—Gabriel y Francesca me ayudan a aprender a bloquearme del exterior. Todavía no domino esa técnica, pero creo que con el tiempo se me dará bastante bien. Francesca me ayuda a protegerme cuando está despierta.

—¿Por qué quieres que te conviertan?

—Son mi familia, y quiero estar con ellos.

—¿Y los dos han intercambiado sangre contigo?

Skyler hizo un gesto afirmativo.

—Sólo falta un intercambio más de sangre para la conversión. Gabriel me lo explicó, pero quiere que espere a que sea mayor. Pienso que necesito más tiempo para pensármelo bien, pero yo sé lo que quiero. Mientras el príncipe no insista en que acepte a un carpatiano como pareja eterna, voy a intentar convencer a Gabriel de que lo haga lo antes posible.

—Resulta difícil como experiencia corporal, Skyler —advirtió Raven—. El cuerpo padece mucho dolor, del que ellos no pueden protegerte.

—Percibo que estás inquieta, Raven. Hay algo que no me estás contando.

Raven había sido humana por completo, igual que Skyler, y tenía una gran talento como vidente. Se percataba de que la sangre carpatiana ya había potenciado la consciencia y los sentidos de la joven. La chica era inteligente y poderosa, con talentos parapsicológicos bien desarrollados. Raven recordaba todavía aquellos días, la sensación de las emociones de otra persona invadiéndola, penetrantes y terribles.

Existía el aroma a maldad y depravación, y una chica tan empática y sensible como Skyler tendría que protegerse del ataque continuo contra ella. No era de extrañar que Gabriel y Francesca le hubieran donado su sangre para defenderla.

—Creo que ya sabes lo que te estoy contando, Skyler. Has venido aquí no para pedir a Mihail que te garantice lo que quieres, sino para que tome conciencia de tus firmes objeciones. Francesca y Gabriel nunca intentarían ocultarte la verdad: que tu verdadera pareja eterna puede unirse a él tanto si eres humana como carpatiana. Si eres la otra mitad de su alma, puede sellar vuestra unión para siempre. Eso ya lo sabes, ¿verdad?

Skyler se sonrojó mientras asentía con la cabeza.

—Lo lamento, no debería haber mentido; a veces aprendo más cosas fingiendo ser ignorante. La mayoría de la gente no reconoce inteligencia o madurez en una adolescente. Puedo pedir protección contra él, ¿verdad que sí?

Raven estudió aquellos ojos demasiado viejos.

—¿Has conocido a tu pareja eterna?

Skyler negó con la cabeza y apartó la mirada.

—Tengo pesadillas, a veces oigo una voz, y me asusta. —Vaciló—. Cuando era una niña y los hombres me hacían cosas, me ponía a gritar sin parar en mi mente. Oía una voz que me llamaba. En aquella época yo sólo pensaba que me estaba volviendo loca, pero sé que está ahí fuera en algún lugar y que me busca. —Se frotó el punto entre sus ojos—. No quería venir a los Cárpatos porque me daba miedo que pudiera estar aquí, pero Gabriel y Francesca no estaban dispuestos a dejarme sola. Gabriel dijo que yo necesitaba protección a todas horas.

A Raven le dio un vuelco el corazón.

—¿Dijo eso?

Skyler asintió.

—Ha estado raro últimamente, no quiere que ni Francesca ni yo vayamos solas a ningún lado sin él. Me doy cuenta de que ella se molesta, pero no dice nada. Trabaja en el hospital y algunos albergues y yo voy a menudo con ella, pero a él no le gusta que vaya a ningún lado.

Raven se concentró en el pavo, echándole jugo de nuevo, pese a no ser necesario.

—¿Cuándo empezó Gabriel a enfadarse porque vosotras dos salíais solas? —Habló en tono despreocupado, pero advirtió la mirada aguda de la chica por el rabillo del ojo.

—Desde el ataque al príncipe.

No hay nada que temer aquí fuera, Raven. Uno de los hombres estaba corriendo por el bosque y decidió hacer una visita, pero ha visto que teníamos compañía. Voy a ver a mi hermano. No dejes a Skyler volver al bosque sin compañía.

¿Hay algo que debiera preocuparme, Mihail?

Raven percibió la breve vacilación. *No sé. Estoy inquieto, pero no hay ningún motivo real para estarlo.*

Ten cuidado, Mihail. Cuidate. Dile a Shea que la veré pronto.

¿De qué quieres hablar con Jacques?

Raven percibió su repentina diversión.

De la imagen de Gregori vestido de Santa Claus rodeado de niños.